



RELATOS

POR DANIEL MORALES PEREA

EL PINTALABIOS

Hacía años que no pisábamos aquel bar. No éramos una pareja sedentaria, siempre que podíamos salíamos a tomar algo, pero lo cierto es que ya hacía tiempo que lo hacíamos sin esperanza de encontrar fuera de casa la menor diversión. Tras siete años de noviazgo y otros tantos de matrimonio, habíamos llegado a una fase de la relación en que «salir a tomar a algo» era casi un eufemismo: más que salir de casa, huíamos de casa. Nos aterraba pasar la tarde encerrados en aquellas habitaciones cargadas de recuerdos, en las cuales resonaba el eco de las mil y una discusiones que allí habíamos tenido. Salíamos, sí, o más bien nos refugiábamos en bares y cafeterías, pero, aunque era cierto que el hecho de estar en público nos ayudaba a contenernos, a reprimir las ganas de comenzar una nueva discusión cada cinco minutos, más cierto aún era que así no solucionábamos nada. No serían aquellas tardes sentados a la mesa de un bar, en silencio, esquivándonos la mirada, las que salvaran nuestro matrimonio. Yo lo sabía y Cynthia también, y a pesar de ello repetíamos a diario aquel rito absurdo; cualquier cosa era preferible a quedarnos solos en casa, donde los continuos reproches y acusaciones podían irsenos de las manos y acabar obligándonos a afrontar el problema que queríamos evitar a toda costa. ¿Qué problema? No era uno, eran muchos, pero podrían resumirse así: no podíamos tener hijos. Durante casi diez años lo habíamos probado todo. Por más fracasos que cosechábamos, por más que los médicos nos dieran por desahuciados, nos negábamos a desistir. En internet, en la tele, en todas partes encontrábamos testimonios de parejas que, en lugar de rendirse, habían insistido, y cuya tenacidad había dado fruto. ¿Por qué no podíamos nosotros ser como esas parejas? Fuimos tenaces, pusimos toda nuestra energía y toda nuestra ilusión en conseguirlo, hasta que ya no pudimos más. Y en cuanto eso ocurrió nos vinimos abajo. Habíamos puesto tantas esperanzas en tener un niño que fuimos incapaces de superarlo cuando la evidencia nos aplastó.

Habían pasado solo dos años desde que tácitamente decidimos dejar de intentarlo, pero aquella etapa de nuestra vida quedaba tan lejos que parecía inventada. Aunque aún éramos relativamente jóvenes (teníamos treinta y cinco años) la posibilidad de tener un hijo, de intentarlo siquiera, no era menos fantástica que la de irnos a vivir a Marte. En dos años no ha-

bíamos hecho el amor, y que yo recordara no nos habíamos besado en los labios ni una sola vez. Yo sabía que ella lloraba a menudo y ella debía de saber que yo también lloraba, pero poníamos mucho cuidado en hacerlo a solas, y cuando uno de los dos se encerraba en el baño y salía a los diez minutos con los ojos enrojecidos, el otro hacía como si nada, todo con tal de eludir el tema.

¿Cuánto podríamos aguantar así? Esa era la pregunta que me hacía cada día cuando «salíamos a tomar algo». Sentados, primero, ante un café, y más entrada la tarde ante una cerveza (aunque en los últimos tiempos la cerveza había ido ganándole terreno peligrosamente al café, hasta el punto de sustituirlo la mayoría de los días), debíamos de ofrecer una imagen tristísima, y aquel día, el día que entramos por casualidad en el bar donde nos conocimos, no era una excepción. Seguía siendo, como en otros tiempos, un bar de universitarios, y nada más cruzar la puerta nos sentimos fuera de lugar. Qué lejos quedaba ahora la revoltosa alegría de aquellos chicos y chicas que jaleaban cada gesto, cada palabra como si fuera la última. De pie en la entrada, Cynthia y yo nos detuvimos, dubitativos, y amagamos con marcharnos, pero ya un camarero nos señalaba una mesa que acababa de quedar libre. Nos sentamos y pedimos dos cervezas, sintiéndonos atrapados en tierra hostil.

A nuestro alrededor las voces y las risas eran una música del pasado. De vez en cuando una carcajada se elevaba sobre el sonido ambiente, como una explosión de fuegos artificiales, y dejaba una estela luminosa antes de diluirse en la sala. El camarero trajo las cervezas, y al marcharse olvidó retirar los vasos de la anterior pareja. Yo hice ademán de avisarle, pero entonces reparé en algo que me dejó helado. Uno de los vasos tenía una marca de pintalabios. El dibujo era tan perfecto que parecía hecho a propósito; la pintura, de un rosa chillón, casi fucsia, impregnaba el borde con una negligencia demasiado exquisita para ser obra del azar. Aquella visión me sobrecogió. Precisamente en aquel bar, quince años atrás, yo había cogido de la barra un vaso con una marca de pintalabios, y al llevármelo a la boca recibí la reprimenda de la legítima propietaria. «Eh», me dijo Cynthia entonces, «¡que ese es mi vaso! ¡Al ladrón, al ladrón!». Fueron las primeras palabras que le oí pronunciar. Tardé una hora en convencerla de que no quería robarle la cerveza sino solo saborear el pintalabios, y otra

hora en convencerla de que me permitiera hacerlo. Durante un tiempo, el pintalabios fue para nosotros una especie de emblema, un código al que recurriamos para aderezar toda clase de situaciones, desde las eróticas hasta las más entrañablemente tiernas. Pero de eso hacía mucho. Cynthia llevaba años sin usar pintalabios, tantos

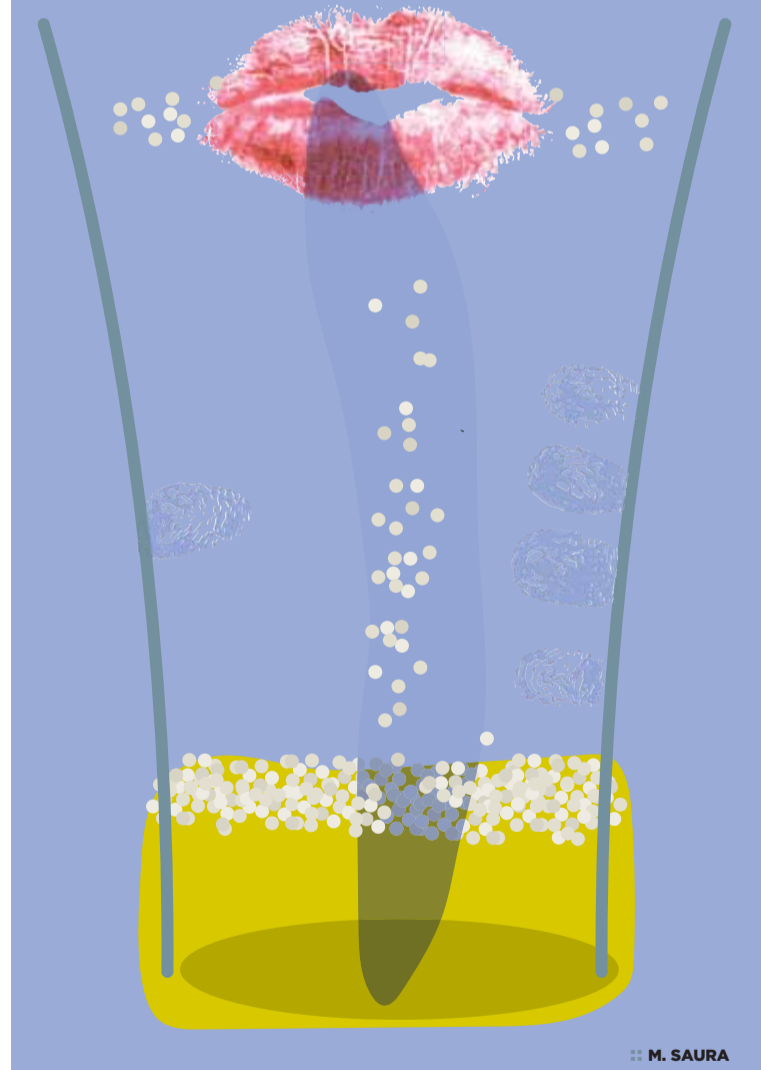
como los que llevábamos sin compartir ninguna situación que se prestara a ser aderezada.

En el vaso que había dejado la chica antes de marcharse aún quedaba un poco de cerveza. Yo lo observé y sentí deseos de cogerlo y poner mi boca en el borde, y apretar, apretar hasta sentir el sabor del pintalabios, y luego seguir

apretando y morder el vaso y romperme la boca y gritar. No lo hice, por supuesto. En lugar de eso levanté la vista hacia Cynthia, que miraba abstraída por la ventana. Lo guapa que estaría, pensé, lo guapos que estaríamos si nos cuidáramos. Nos habíamos abandonado por completo. En medio de aquella efervescencia parecíamos dos fantasmas, dos sombras en un florido jardín. Cynthia hizo un leve movimiento de cabeza (debía de haber notado que la observaba), y, sin desviar la vista de la calle para no enfrentar mi mirada, alargó el brazo y cogió por error el vaso manchado de pintalabios. Yo la vi llevárselo a la boca, la vi cerrar los ojos y posar los labios en el borde, justo sobre la marca. La vi apurarlo y dejarlo de nuevo en la mesa, sin reparar en que no era su vaso. Después la vi mirarme durante una fracción de segundo, sorprendida de que la observara con tanta insistencia, y al contemplarla de frente sentí una punzada en el corazón. Sus labios estaban moteados de pintalabios, no mucho, pero sí lo suficiente para estremecerme. Aquellas briznas de color en su rostro producían una impresión parecida a la que producen los detalles coloreados en las fotografías en blanco y negro; iluminaban sus labios, su cara, su persona entera, iluminaban el bar y la ciudad y el mundo. Yo sentía una opresión insoportable en el pecho, sentía que moriría si no hacía algo, si no decía algo que pusiera fin a tanto dolor.

—Cynthia —dije. Ella se volvió hacia mí y me lanzó una mirada de profundo hastío, la mirada de la que últimamente reaccionaba a cualquier cosa que yo dijera. Estoy convencido de que lo hacía sin malicia; aquella mirada le salía sola, su cuerpo se crispaba de manera espontánea al oír mi voz, y no había nada que ella pudiera hacer al respecto. Esta vez, sin embargo, debió de ver algo en mis ojos que la asustó, porque se le demudó el semblante—. Cynthia, cariño —dije cogiéndole las manos por primera vez en meses, tal vez en años—, ¿y si lo intentamos de nuevo?

Ella pareció no comprender mis palabras, como si le hablara en un idioma extranjero. Creo que estuvo a punto de retirar las manos, pero justo en ese momento debió de sentir el regusto del pintalabios. Se relamió, desconcertada, y reparó en el vaso que acababa de soltar. Vio la marca rosada, me miró y se le escapó un sollozo. Arrancó a llorar de inmediato. Yo apreté sus manos, las apreté con todas mis fuerzas. Luego me levanté, la abracé y lloré con ella.



M. SAURA